



Una ficción real

Nubia Isabel Moreno Pinzón

En una fría madrugada de agosto de 1980, procedente de Cali, llega a la terminal de Bogotá el exalcalde de Barbacoas (Nariño). Entre calles estrechas y olores repugnantes, se alza el paisaje adormecido de la gran ciudad con sus luces ondulantes. Pablo respira profundo, mientras analiza en silencio su nueva situación. Se encuentra en un lugar extraño, desconocido, sin dinero suficiente para sobrevivir con dignidad por un mes.

En su equipaje guarda sus tesoros más preciados: el diploma de maestro, única herramienta con la que cuenta para enfrentar la adversidad y el viejo radio de pilas, compañero fiel de amarguras y alegrías. Por un momento recuerda los verdes paisajes de su tierra natal, de naturaleza exuberante y tropical, enmarcada por caudalosos ríos que serpentean entre riscos y llanuras, donde los niños desde muy corta edad juegan en sus aguas cristalinas, sin más preocupación que inventar una nueva piletina con la que se divertirán al día siguiente, en su constante fluir de vida, inocencia y libertad.

Pablo no olvida la pobreza que rodea a la mayoría de sus habitantes, las humildes viviendas de madera, desprovistas de los servicios públicos básicos, sin carretera, sin atención médica eficiente, sin esperanza de un futuro próspero, remembranzas que lo animan a continuar la búsqueda de un camino que le abra un horizonte de progreso personal y repercuta también en el bienestar para su pueblo.

— ¡Llegamos! —dijo uno de los pasajeros, con aire de tranquilidad—. Pablo entusiasmado se pone de pie, toma sus maletas y desciende del bus, mira a su alrededor detallando la indiferencia de la gente que va de un lado para el otro sin saludar o sonreír. “En cambio, en mi pueblo todo era diferente”, susurra con nostalgia.

El trayecto desde su casa a la alcaldía lo disfrutaba porque sentía el abrazo sincero, el saludo cordial, ese “¡buenos días!” reparador y cariñoso. Era frecuente escuchar a las señoras decirles a sus hijos: “Mijo, allá va el señor alcalde, vaya y lo saluda. Demuestre que se está educando”.

Pero en la metrópoli a la que acaba de llegar es otro emigrante más en busca de un futuro mejor, como se cree que brinda la ciudad en las regiones apartadas. Pablo saca de uno de los bolsillos de la chaqueta una libreta de apuntes donde está registrada la dirección de su amiga Débora, a quien conoció dos días después del terremoto de diciembre de 1979, que azoló la costa Pacífica nariñense; encuentro que se dio en medio de una anécdota muy particular.

Aún Pablo recuerda el día en el que por la puerta principal de la alcaldía entró una señora de figura delgada y quien con voz firme preguntó: “¿Oiga joven, puede decirme dónde está el señor alcalde?”. Ella lo imaginaba viejo y barrigón, pues es el estilo acostumbrado en los pueblos. Pero se sorprendió al escuchar el tono suave y comprensivo: “Señora, buenos días. ¿Qué desea? ¿En qué le puedo servir? Yo soy el alcalde”.

Débora, sin demostrar el cansancio producto de un largo viaje que, a propósito de la tragedia, ella misma había hecho desde Bogotá hasta Barbacoas, le dijo: “Mi nombre es Débora, este es mi pueblo natal y vengo en representación de la primera dama de la nación a traer un mensaje de solidaridad y ayuda a los dignificados del terremoto”.

El joven alcalde que a sus 22 años ya dirigía los destinos de su municipio, agradeció el apoyo de la Fundación Solidaridad por Colombia y dispuso lo necesario para entregar inmediatamente las donaciones a la población afectada con la colaboración de la parroquia. Ese día nació entre Débora y Pablo una hermosa amistad que perdura hasta hoy.

Dos horas más tarde de la llegada a Barbacoas, con su cartón y su radio, Pablo acciona el timbre en una puerta de líneas asimétricas de color blanco y rojo, en una casa de un solo piso; por la ventana del lado derecho entre abierta alguien observa al visitante y minutos después se encuentra atrapado entre los fuertes y torneados brazos de su amiga. Débora lo invita a seguir y le dice con alegría: “Entra, estás en tu casa, bienvenido”.

Con ademán pausado, casi con timidez, Pablo se sienta en una de las sillas de la sala; en su semblante refleja la inquietud, el deseo de saber cómo vivía su amiga en la ciudad y si él podría adaptarse a ese nuevo ambiente. Ella lo interroga sobre el por qué de su decisión de dejar su pueblo para venir a probar suerte a la ciudad. Pablo le explica que desea continuar sus estudios y comenta que el Derecho es la profesión perfecta para seguir favoreciendo a los habitantes de su amada Barbacoas.

— Mira Débora —expresa Pablo en tono solemne—, sobrevivir en medio de la selva, en medio de la nada, es muy difícil. Peor aun cuando las únicas herramientas para enfrentarse la constituyen el ímpetu juvenil y el deseo romántico de cambiar el mundo a través de la educación.

Aún estaba en la memoria los rostros esperanzados de los niños y las niñas que acudían diariamente a las clases en la escuela unitaria; debían atravesar ríos y cañadas por más de una hora, con las botas que les llegaban hasta las rodillas cubiertas de un color amarillo, transpiración abundante por el doble esfuerzo de soportar el fango y los peligros del camino. La escuela, una edificación palafítica, de paredes y pisos elaborados en chonta, escaleras de un único madero, techada con hojas, donde se enseñaba las primeras letras a sesenta estudiantes de preescolar a quinto de primaria.

— Entiendo perfectamente las dificultades que afrontaste en aquella primera experiencia —anota Débora con actitud comprensiva—, en nuestros pueblos y veredas sobrevivir es una hazaña, con más razón lo es trabajar como maestro en condiciones tan adversas.

— Tantas dificultades —remata Pablo, quien constantemente debía espantar zancudos serpientes, plagas y alimañas de toda clase—, había que convivir con ellos pacíficamente sin intentar ningún movimiento amenazante.

“Camine rápido mirando al suelo, sin distraerse contemplando el paisaje”, le aconsejo a Pablo un día a Octavio, el más experto entre los estudiantes en el arte de la supervivencia. El chico, a sus 16 años ya había enfrentado con éxito tres mordeduras de serpientes y varios ataques de paludismo. “Con el intenso calor que hace durante el día, mosquitos y culebras duermen en las ramas y hojas de los árboles”, le dijo el estudiante a Pablo.

— Te felicito —añadió Débora—, conociste en toda su dimensión la dureza de la vida en el campo, con sus carencias y necesidades y, sobre todo, el valor en la educación que puede representar un maestro.

— Sí, luego de dos años de labor —interrumpió Pablo con visible nostalgia—, renuncié a la escuelita, cuando el destino me dio la oportunidad de ser alcalde de mi pueblo, lo consideraré como una forma inmediata para mejorar las condiciones de vida de la comunidad.

— ¿Qué pudiste hacer como Alcalde? —pregunta Débora, con evidente curiosidad—.

— Muy poco —responde Pablo, mientras sus ojos se fijan en el horizonte como tratando de leer en la memoria el informe de su gestión administrativa—, las soluciones estructurales a las incontables necesidades que padecen nuestros pueblos no se aportan desde lo político; al contrario, desde el corazón y la mente de las personas es donde comienza toda transformación de impacto social, en un largo periodo de tiempo. La ineficacia del Estado obstaculiza el desarrollo de los pueblos.

— Bueno, basta de tristezas y amarguras —agregó Débora, dispuesta a mejorar el ánimo de su amigo—. Aquí tendrás oportunidad de poner a prueba tu capacidad intelectual, el valor de tus convicciones y las palabras que siempre repetían las monjas en la Normal: “Para ser maestro hay que ser perfecto”.

Al día siguiente, en la tarde, Pablo ya tiene trabajo en un colegio nocturno. Con desbordante alegría planea su primer día de labor, se emociona al pensar que es otro ambiente, otros estudiantes, tal vez con más posibilidades de sacar provecho a sus enseñanzas, sin sospechar que con el transcurrir de los años se encontraría en un cargo directivo en la educación de Bogotá.

Mucho tiempo después Pablo recuerda emocionado su ingreso al magisterio como resultado del primer concurso masivo para docentes, después de la expedición del Estatuto de 1979; disfruta recordando la entrevista y al entrevistador cuando le preguntó: “¿Cuál es su experiencia?”. Él le contestó: “Fui alcalde de mi pueblo”. Así que el jurado le calificó el 100%.

Con esta valoración le fue asignado el puesto 39, de ese modo alcanza a ser nombrado en ese año, inicia su labor como docente del magisterio de Bogotá, recorriendo algunos colegios distritales, llegan a él algunas reminiscencias amargas y otras dulces, la más amarga es la pérdida de sus padres; en ese tiempo se encontraba laborando en la zona cuarta en el barrio la Belleza, en donde los cinco años siguientes fueron de adormecimiento.

Desanimado se deja abatir por la desilusión, su espíritu inquieto comienza a descender al abismo de lo cotidiano, de lo común, donde nada provoca alegría, donde la ilusión huye despavorida de la tristeza, pero como dice el dicho “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”.

La mirada de Pablo se torna picaresca al devolver el tiempo a aquella mañana de abril de 2002 cuando en cumplimiento de su deber dirigió sus pasos a la sede de primaria de la institución donde laboraba. Al llegar su corazón se paralizó por un momento y sintió una emoción extraña, pues no pudo por largos minutos apartar su mirada de la figura agraciada de una

desconocida, que se encontraba sentada al lado de ventana del amplio salón donde se hacían las reuniones de jornadas y sedes para construir en conjunto los logros académicos a trabajar en el siguiente periodo.

Fue casi imposible dejar de mirar aquellos ojos de color miel que con sorpresa daban una ojeada a los rostros de todos los asistentes, esperando tal vez un guiño amistoso que provocara confianza. Luego, la voz de su compañera de sede le volvió a la realidad cuando oyó decir: “Compañeros demos la bienvenida a Margarita, docente provisional que desde hoy nos acompañará en el grado segundo de la sede B”. En ese momento Pablo se sintió el hombre más dichoso del mundo, porque le correspondía trabajar con ella, por cierto tenían el mismo grado; así que pensó: “Puedo estar cerca de ella, y conocerla más”.

Pablo no se equivocó porque la empatía fue inmediata. Ella no fue indiferente a los galanteos; iniciaron casi de inmediato una sincera relación compartiendo ideas, estrategias y hasta tiempo después de clase, aunque fueran de distintas jornadas. A Pablo poco le importaba ver correr el reloj en cualquier cafetería, esperando con ansiedad la hora en que llegara su compañera de grado; entre charla y charla conoció su historia y la lucha constante que ella enfrentaba para alcanzar sus sueños.

Los momentos que pasaba al lado de esta guerrera de ilusiones lo hicieron recapacitar, despertar y volver al camino. De un momento a otro se dio cuenta que su carrera se había detenido, pues ya llevaba varios años en la categoría 11, no contemplaba avanzar en el escalafón hasta el grado más alto, es decir, la categoría 14, en la que ya estaban la mayoría de los compañeros que ingresaron con él al distrito después del concurso.

El ímpetu, la constancia y esa manera tan particular como intensa que tenía Margarita para solucionar cualquier situación por difícil que fuera, le ayudó a Pablo a sacudir su mente y su corazón, permitiéndole ver que aún no estaba derrotado, que había mucho por hacer y por ganar, es así como en 2009 los dos se inscriben a la universidad a estudiar Legislación Educativa y procedimiento; título con el cual Pablo logra llegar a la categoría 14. Al año siguiente ella lo motiva a presentar el examen para director rural, el cual aprueba ocupando el segundo puesto.

Hoy en un cómodo sillón ubicado en frente de un amplio escritorio, Pablo orienta desde el cargo de rector los destinos de maestros y estudiantes de un colegio distrital. Cada vez que llega un niño afrodescendiente a pedir cupo para estudiar Pablo lo recibe con una emoción indescriptible, ahora con más posibilidades de colaborar en el proceso educativo de la gente de su raza.

Pablo observa de soslayo las paredes de su oficina donde se destacan los diplomas de abogado y especialista en educación, repasa con su mente todas las dificultades que enfrentó para alcanzar esos logros y un hondo suspiro emana de su pecho al revivir las estrecheces económicas, los horarios extenuantes de trabajo, incluso de tres jornadas diarias.

Con especial regocijo evoca el momento en el que la suerte estuvo de su lado, logrando inscribirse y participar en el concurso de televisión Guerra de estrellas, dirigido y presentado por el siempre recordado animador Saúl García, en el Canal Uno de la programadora Cinevisión. De esa forma superó varias etapas y ganó dinero suficiente para pagar la matrícula de al menos dos años de la carrera de derecho en la Universidad Libre. Todavía conserva entre los objetos más valiosos la grabación del programa, en betamax y VHS, material que en algunas oportunidades comparte con familiares, amigos y estudiantes. Su rostro se ilumina y esboza una amplia sonrisa de satisfacción al decir: “Así era yo. Eso lo hice hace 28 años”.

Pablo vuelve a la realidad al escuchar el timbre del celular, contesta y escucha la voz de su amigo de infancia Richard, quien necesita a su amigo el abogado. Richard tiene entre manos un pleito jurídico, Pablo conocedor de los procedimientos legales le orienta en aspectos puntuales de la problemática, pero su voz suena triste al no poderlo representar; así que se limita a decirle que le recomendará a un colega porque personalmente no puede asumir el caso, pues el compromiso como docente estatal le impide ejercer como abogado litigante.

Al caer la tarde y concluir la jornada laboral, Pablo se reúne con algunos amigos y manifiesta con absoluta convicción que cuando se retire del magisterio volverá a su pueblo, abrirá una oficina para colaborar en los problemas jurídicos de sus hermanos del alma, la gente de su tierra, como otra forma de enseñar a convivir y desempeñar la profesión de maestro.